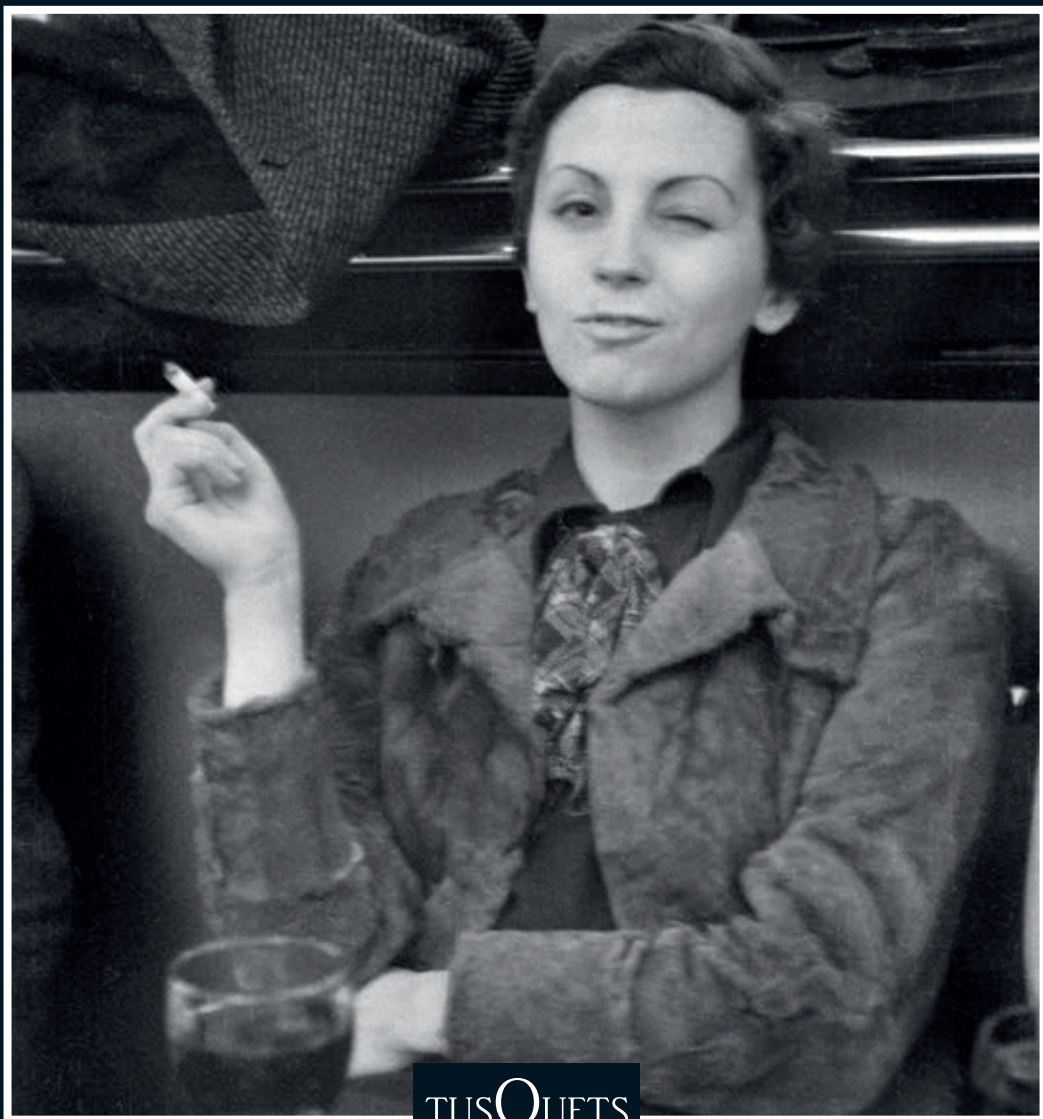


Helena Janeczek

LA CHICA  
DE LA LEICA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

HELENA JANECZEK  
LA CHICA DÉ LA LEICA

Traducción de Carlos Gumpert

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *La ragazza con la Leica*

1.ª edición: marzo de 2019

© 2017 Ugo Guanda Editore S.r.l., Via Gherardini 10, Milano  
Gruppo editoriale Mauri Spagnol

© de la traducción: Carlos Gumpert Melgosa, 2019  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-655-5  
Depósito legal: B. 3.630-2019  
Fotocomposición: Moelmo  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Índice

Prólogo: Parejas, fotografías, coincidencias # 1 . . . . .	11
Primera parte	
Willy Chardack, <i>Buffalo, N.Y., 1960</i> . . . . .	23
Segunda parte	
Ruth Cerf, <i>París, 1938</i> . . . . .	109
Tercera parte	
Georg Kuritzkes, <i>Roma, 1960</i> . . . . .	201
Epílogo: Parejas, fotografías, coincidencias # 2 . . . . .	307
<i>Agradecimientos y notas</i> . . . . .	347
<i>Créditos de las fotografías</i> . . . . .	349

Primera parte  
Willy Chardack  
*Buffalo, N.Y., 1960*

¿Quién será aquesta que es de todos mira  
y, de tan claro, el aire hace temblar...\*

GUIDO CAVALCANTI

¿Puede algo tan hermoso gustar solo a uno  
cuando de todos son el sol y las estrellas?  
No sé a quién pertenezco.  
Creo que a mí misma, sí, solo a mí me pertenezco.

«*Ich weiß nicht zu wem ich gehöre*» (1930),  
de FRIEDRICH HOLLAENDER  
y ROBERT LIEBMANN,  
cantado por MARLENE DIETRICH

\* Trad. de Juan Ramón Masoliver, Dante Alighieri, *La vida nueva* - Guido Cavalcanti, *Rimas* (Siruela, Madrid, 2004), pág. 157. (*N. del T.*)

El doctor Chardack se ha despertado temprano. Se lava y se viste, se lleva a su despacho una taza de café instantáneo y el *New York Times* del fin de semana, hojea las páginas de política, que le gustaría seguir mejor ahora que la carrera hacia la Casa Blanca llega a su momento de mayor tensión. Luego coloca el periódico boca abajo, prepara papel y bolígrafo y se pone a trabajar.

Fuera no se oye ningún ruido, salvo las esporádicas voces de golondrinas y cuervos, y el lejano crujido de algún automóvil en busca de una gasolinera o en dirección hacia quién sabe dónde. Más tarde, también los vecinos empezarán a montar en sus coches para ir a la iglesia, a visitar a sus parientes o a los restaurantes que ofrecen los «Sunday's Special Breakfast», pero ninguno de estos compromisos, afortunadamente, atañe al doctor Chardack.

No se sorprende cuando suena el teléfono después de que haya redactado el comienzo de un artículo, grita «¡Es para mí!» al resto de la casa, más por costumbre que para evitar que su esposa corra, adormilada, hacia el aparato.

—El doctor Chardack al aparato —responde, como siempre, sin saludo previo.

—*Hold on, sir, call from Italy for you.*\*

\* Espere un momento, señor, una llamada desde Italia para usted. (*N. del T.*)

—Willy —dice una voz amortiguada por las telecomunicaciones intercontinentales—, no te habré despertado, ¿verdad?

—*Nein: absolut nicht!*

Ha sabido de inmediato quién lo llama. Los viejos amigos seguían grabados en él como la señal de una mala caída desde un árbol del parque Rosental, y quienes seguían vivos podían dar señales de vida.

—Georg, ¿ha pasado algo? ¿Algún problema?

En la época en la que era Willy, también fue el amigo a quien pedir una ayuda concreta: algo de dinero, básicamente, dado que siempre tuvo más que los demás. Por esa razón su interlocutor se echa a reír, con ganas, y le dice que no necesita nada, pero ha ocurrido algo, no cabe duda, y ese algo es obra suya, desde allí, desde América, y es tan enorme que le resultaba imposible resistirse al impulso de llamar por teléfono en lugar de escribirle una carta.

—¡Enhorabuena! Lo que has hecho es extraordinario, y hasta me atrevería a decir que hará historia.

—Gracias —responde con un tono y un tiempo de respuesta que suenan demasiado automáticos. No es un tipo de cumplidos, el doctor Chardack, más bien de ocurrencias ingeniosas, pero no le viene ninguna a la cabeza.

En otros tiempos fueron campeones de carcajadas. No, quizá sea una exageración, pero se les daba muy bien avivar a golpes de ironía la seriedad mortal de los debates, y Willy Chardack nunca les fue a la zaga a sus compañeros. Ahora también sus colegas aprecian su humor sobrio, más marcado por su acento alemán (el de los científicos locos), y a él le va bien no resultar demasiado arisco para los parámetros estadounidenses, un personaje.

El doctor Chardack, al escuchar la voz distante de Georg Kuritzkes, vuelve a verlo de nuevo *en plein air* con toda aquella alegre compañía, o no necesariamente al aire libre, sino en una atmósfera de película francesa, alegre y luminosa, aunque todavía no estuvieran en París. Pero el Rosental no temía la comparación con el Bois de Boulogne, y los *passages* de Leipzig eran famosos. Había industrias y comercio, música y editoriales que presumían de tradiciones centenarias, y esa solidez burguesa atraía como un imán a la gente del campo y del este, que hacían que la ciudad se pareciera cada vez más a una auténtica metrópoli, incluso en sus contrastes y conflictos. Hasta que se agudizaron los enfrentamientos y las huelgas, la crisis económica mundial que aceleraba la catástrofe alemana. Los rostros tensos que Willy se encontraba en su casa, cuando su padre se exasperaba ante la fila de los que le pedían un trabajo, cualquier trabajo, cuando a él le costaba aguantar con sus mozos y almaceneros, porque también se tambaleaba el mercado de pieles que prosperaba en Leipzig desde la Edad Media, o antes incluso.

Aunque provinieran de familias acomodadas, sus amigos y él, que no tenían que pugnar con clientes insolventes, estaban dispuestos a luchar contra todo. Eran libres de hacerlo, libres de irse de excursión y de dormir en tiendas bajo las estrellas, libres de cortejar a las chicas, y había chicas muy guapas e incluso extraordinarias (Ruth Cerf, que había pasado de larguirucha enjuta a rubia majestuosa, y además estaba Gerda, la persona más encantadora, más viva y divertida con la que se había topado nunca en el universo femenino), libres de reír. Las ganas de bromear no se les pasaron ni cuando Hitler estaba a punto de ganar y había que prepararse para hacer las maletas. Nadie podría expropiarlos de ese recurso que los hacía iguales, camaradas sobre todo en su forma de estar en el mundo desafiando a los nazis. Pero, desde luego,



no eran iguales, Georg era el mejor ejemplo. Georg era brillante, pero como si derrochara un talento que le sobraba, casi el equivalente a la colección de camisas (¡camisas de algodón egipcio!) que languidecía en los armarios de la casa de los Chardack desde que Willy se había adaptado a los círculos de izquierdas. Georg Kuritzkes era inteligente, apuesto y deportista. Leal y digno de confianza. Con una excelente capacidad de agregar, instruir, organizar. Bailarín desenvuelto. Conocedor apasionado de las últimas tendencias musicales del extranjero. Valiente. Decidido. Y también ingenioso. ¿Cómo podía él, un Willy Chardack, ser la primera opción de las chicas? Lo llamaban «Teckel» desde mucho antes de que aquel apodo se le hiciera antipático después de adoptarlo al instante el ligero acento de Stuttgart de Gerda Pohorylle. No podía, desde luego. Pero que Georg encima fuera divertido alimentaba un afecto que circulaba fuera de los límites de esas jerarquías de chicos, aparentemente duradero, como demostraba su emoción al evocarlo. Efecto de una carcajada redescubierta después de un tiempo que parecía un siglo.

Georg le puso al día sobre su hermano en Estados Unidos, casado, que se había mudado a una casa con vistas a las Montañas Rocosas. Había sido Soma, precisamente, quien le había enviado un recorte de periódico: le había llegado con plazos bíblicos, esquivando los meandros muertos del correo italiano, una sorpresa total que desató su entusiasmo.

—Me parece que te darán el Nobel.

—Qué va. Solo soy un ingeniero que hace sus experimentos en un garaje junto a una casa llena de mocosos y dos doctores de un hospital para veteranos. En Buffalo, no en Harvard. La industria médica nos ha mandado sus avan-

zadillas, nos llenan de palmadas en los hombros y promesas, pero por ahora no hemos visto ni financiación ni solicitudes de licencias para patentes.

—Entiendo. Pero combinar un pequeño motor con un corazón para que puedas nadar, jugar al fútbol, perseguir un autobús, es una revolución, diantre. Acabarán dándose cuenta.

—Esperemos. Cuando has llamado, pensé que era del hospital o un paciente al que habíamos dado el alta. «Si no tiene ningún problema», lo digo ya como las señoritas telefonistas, «le paso la llamada.» Pero me alegro, por supuesto.

—Como para no estarlo. Al final, vas a ser el único que ha cambiado algo. Ya te lo dije: tú eres el que ha hecho la revolución...

Esta vez, al doctor Chardack no le faltaba una réplica adecuada. Le gustaría sacar a relucir a los estudiantes que intentan poner patas arriba Estados Unidos no haciendo otra cosa que sentarse en un banco prohibido a los negros, hasta conseguir que Woolworths y luego las demás cadenas comerciales abrieran los *lunch-counters* del sur racista a los clientes de color. Le gustaría comparar su fe, tan firme y pacífica, dirigida por un reverendo bautizado en nombre de Martín Lutero, con la que había encontrado en el hijo de un carpintero inglés que se convirtió en ingeniero electrónico gracias al programa de educación para veteranos. «La Providencia me ha revelado el error decisivo, estimado Chardack, ya verá como todo acaba resolviéndose», repetía el ingeniero Greatbatch cuando el doctor corría al garaje para plantearle el enésimo problema. Le gustaría decirle a Georg que es él, el descreído, quien ha renacido con cada impulso eléctrico del corazón de un enfermo y que ha complacido al único numen al que se ha entregado, Esculapio.

—Me basta con mi trabajo —dice.

El otro se ríe con ese tono suyo pastoso y fuerte, una carcajada cómplice, pero el doctor Chardack capta una grieta en la voz de Georg y le deja continuar.

—A mí también me gustaría dedicarme solo a la investigación médica, no se aburre uno e indudablemente hace algo útil. Por desgracia, en mi campo, los inventos milagrosos son improbables. ¡Ojalá pudiéramos, después de un ictus, aplicar un artilugio como el tuyo!

Una vez más, el doctor Chardack ha captado una piedrecilla pulida, un tono de disgusto. Sin embargo, con una broma, sabe cómo poner remedio:

—¡A mí el corazón y a ti el cerebro! Los dos nos hemos repartido los órganos vitales igual que las superpotencias se reparten el mundo y ahora también el cosmos.

—Lo importante es tener algo que repartirnos, ¿no? Y ahora que te invitarán a todos los continentes, a ver si das señales de vida, y te vienes alguna vez por aquí.

Ahora que han llegado a las formalidades, el doctor Chardack se ha tranquilizado. A fin de cuentas, no es poca cosa que de todas sus metas y sueños compartidos —la medicina, Gerda, el antifascismo— ambos mantengan el primero.

La conversación concluye con el intercambio de direcciones entre el doctor Chardack y el doctor Kuritzkes, que está pensando en dejar la FAO y la ONU en general, por más que lamente la idea de que ya no será bienvenido en todas partes.

—Entonces te espero, Willy, espero que el músculo agotado de la vieja Europa te acoja triunfalmente...

Por unos instantes, frente al teléfono colgado, el doctor Chardack sigue escuchando de pie la última carcajada de su amigo, tan envolvente a pesar del sarcasmo implícito.

Pero tan pronto como se percata de dónde procedía —esa insinuación al teléfono sin hablar con claridad— se pone rígido.

¿Por qué había ido Georg a Roma? ¿Se había hecho ilusiones de que realmente, allí en la FAO, derrotaría al hambre, nada menos? Nunca había sido ni un ingenuo ni un exaltado, todo lo contrario. Quién sabe si hubiera llegado a ir a España, de no haberse encargado de convencerlo la loca aquella, quién podía decirle que no a Gerda, ni pensarlo. Estaba loca de verdad, incluso más que Capa, a quien le dio un patatús al descubrir que no se había conformado con unas largas vacaciones italianas con el famoso Georg. No, ¡aquella inconsciente se había llevado las fotos de las milicias republicanas a la cuna del fascismo! Gerda, impasible, replicaba que eran tonterías, pretextos para montarle una escena, y quienes asistían a esa discusión en el acogedor estruendo de un café parisino no pudieron más que reprimir una sonrisa de admiración.

Georg Kuritzkes, en cualquier caso, se había unido a las Brigadas Internacionales y luego, mientras Willy zarpaba hacia Estados Unidos, se quedó en Marsella y se unió a la *Résistance*. Pero antes de echarse al monte se había licenciado y, después de la Liberación, se especializó con una tesis que le había valido una plaza de investigador en la Unesco.

A esas alturas, el doctor Chardack se mantiene alejado de la política, pero no puede evitar que la política se entrometa en su campo. ¿Cómo podría digerir que Estados Unidos rechace a científicos con las habilidades de Georg Kuritzkes a causa de su sacro terror hacia todo lo que huele a rojo? Sin embargo, no es seguro que Georg lo lamente. Tal vez haya regresado a Italia por decisión de la ONU, pero allí seguirá encontrándose bien, si no ha cambiado en exceso.

El doctor Chardack se siente aliviado tras esa conclusión. De tal forma que, cuando vuelve a sus papeles, la nubosidad de origen atlántico ya se ha evaporado.

No es en ese momento del día, satisfecho por haber terminado el primer borrador del artículo, mientras en la planta baja resuenan los portazos (todos se están yendo, gracias a Dios), cuando advierte la lejanía del mundo al que ha ido a parar. Es después del almuerzo cuando decide adelantar su ronda de visitas a sus pacientes para conducir luego hacia los barrios del sur —Polonia, Kaisertown, Little Italy— donde venden dulces como los de otros tiempos. Quizá gestos como ese deberían ocurrírsele un poco más a menudo, por mucho que, en realidad, nadie de su familia se lo espere. Pero el doctor Chardack siempre ha rechazado todo esfuerzo que no esté orientado hacia un propósito factible. Lo que pretende es llevar a casa un pastel, no se trata de un esfuerzo por convertirse en un auténtico estadounidense, puesto que lo que ya ha hecho y sigue haciendo es más que suficiente. Se llama a sí mismo William, pronuncia su apellido a la inglesa, sirvió dos años en Corea, la bomba de transfusión que fabricó a partir de una granada le valió dos medallas. Se siente orgulloso de ello, por supuesto, porque se enorgullece de los chicos que logró salvar, así como de las muchas vidas estadounidenses que ahora se salvarán gracias a su marcapasos implantable. De modo que no se le puede pedir nada más: Estados Unidos es para él una nación de la que formar parte, no una religión en la que renacer. A veces echa de menos las cosas buenas que tienen allí en Europa. *So what?*

Así pues, una vez comprobado que sus pacientes no presentan novedades, prefiere dejar el automóvil en el Veterans Hospital y caminar hasta Hertel Avenue, donde encuentra cafés y restaurantes italianos o judíos más que suficientes.

Además, cuando el clima se lo permite, al doctor Chardack le gusta caminar, una costumbre decididamente poco americana. No obstante, el camino que decide recorrer siendo casi el único peatón, el único con chaqueta y corbata (aunque una chaqueta ligera sobre la camisa de fibra de manga corta), ese domingo por la tarde de finales del verano, pasa por las calles de North Buffalo: trazadas con tiralíneas, jalonadas por arbolillos que justifican el nombre de Avenue, repletas de casas de madera pintadas o ligeramente desconchadas (las menos), rojas, amarillentas, verdosas, azul claro, crema, blanco hielo, algunas adornadas con banderas estadounidenses, pequeñas o grandes, casas que tienen delante un generoso felpudo de hierba (¡sin valla!), sorprendentemente capaces de resistir la nieve y mantener el calor (el frío menos), como ha descubierto en el curso de los años.

La única eventualidad que podría molestarle es que alguien se ofreciera a acompañarlo en coche. «*Thanks, no!*», solía responder, carente de explicaciones persuasivas, hasta que tuvo la ocurrencia de justificar su excéntrico «*just walking*» como una panacea para prevenir un ataque al corazón. «*Oh, really, doctor!*», le contestaban sus vecinos, apretando las llaves del coche con cierta aprensión. Pero ahora solo hay por la calle un par de chicas inmersas en sus confidencias y algunas ardillas que se asoman a las aceras con esa desfachatez que las distingue de sus pobres y temerosos parientes europeos.

Caminar a través de un espacio que te ignora mientras tú lo conoces de sobra estimula la mente, o hace que vayas rumiando a cada paso tus pensamientos. Sin embargo, no fue en Leipzig donde el doctor Chardack se acostumbró a las largas caminatas por la ciudad, sino siguiendo los bulevares

de los distritos decimoquinto, séptimo y sexto, hasta llegar a menudo a los suntuosos o populares *arrondissements* de la orilla derecha. El metro era barato, pero fue el primer gasto que evitaron Ruth y Gerda, que no podían contar con ayuda económica de sus familias. Dinero malgastado, argumentaban, y, además, ir andando ayudaba a conservar la línea. Teckel mascullaba que ese era el menor de sus problemas. Las chicas dejaban que las invitaran a un café, pero a los billetes del metro solo en casos extraordinarios. ¿Qué gusto había en viajar bajo tierra, apretados como en una jaula cuando estaban en París? Ante la palabra «jaula», Willy renunciaba a objetar que estaba a punto de llover. Gerda había estado en la cárcel, se había librado de milagro, y también su huida desde Alemania se había producido bajo una buena estrella.

—¿Adónde vas? —le preguntaba él—. ¿Sabes cómo llegar hasta allí?

—Gracias, Teckel, ya me las apañaré, aunque si no tienes nada más que hacer, puedes acompañarme un rato.

La verdad es que no le faltaban cosas que hacer (refugiarse en la biblioteca y salir a la hora del cierre), y sin embargo, arrastraba sus tomos de medicina bastante más allá del Pont Saint-Michel y regresaba con la marca del asa de la bolsa grabada en los dedos.

Ella era infatigable, al cabo de un mes parecía que había nacido en París. Cuando llegaba el día en que podía ir a recoger el dinero que había ganado con pequeños trabajitos, tenía que patearse las calles hasta la Ópera, y, en el camino de regreso, comprar unos *croissants* y una cestita de fresas para Ruth, que ya debía de haber vuelto a su habitación. «Esa se me desmaya si no le llevo un poco de azúcar, aún no es mayor de edad y hay que ver lo alta que está.» O tenía que acercarse a la oficina de correos de Montparnasse para mandarle una carta a Georg, aunque, mejor dicho, con un

buzón era suficiente, y antes un estanco y, bueno, ya que estaban, ¿por qué no le compraba algunos cigarrillos? A veces, mientras ella ya había humedecido los sellos para Italia y él todavía estaba allí esperando el cambio, llegaba a la conclusión de que si no existieran los teckels de pelo áspero habría que inventarlos...

Luego se empeñó en sacarse el *baccalauréat* presentándose por libre, y Georg se mostró generoso animando a Gerda y al recomendar a Willy para que la ayudara con las asignaturas de ciencias que nunca había estudiado. Casi como un desafío, ella prefería convocarlo en la École Normale Supérieure, que además era más bonita y tranquila que la Sorbona, donde Teckel estaba matriculado. Cuando tenían que marcharse porque cerraba, se acomodaban en un banco en el Jardin du Luxembourg con la tabla periódica y el formulario de física elemental que sacaba de su bolsito, sujetando la hoja peligrosamente transparente por la línea donde se plegaba. Permanecían en esa intimidad física y química hecha de papel, hasta que Gerda se impacientaba o sentía frío. ¿Cuántos minutos de contacto se le concederían al muslo de franela de Teckel, durante cuánto tiempo podría ver las medias de seda que asomaban por debajo de las fórmulas, los piececitos que seguían el ritmo de los repasos?

Por la mañana, al abrir los postigos, Willy escrutaba las nubes sobre el patio del hotel. Cuando estas eran tan negras que anunciaban la imposibilidad de las clases particulares en el parque, se ensombrecía. A él le bastaba con que el día no fuera demasiado frío ni nublado, pero, aun haciendo ese tiempo, nunca era capaz de adivinar al cabo de cuánto tiempo se levantaría Gerda del banco. De repente se incorporaba, caminaba a lo largo de la muralla verde de árboles alineados, enormes en comparación con ella. Avanzaba con pasos leves, pero ligeramente nerviosos, o tal vez fuera el



efecto de la grava crujiendo bajo sus tacones, una estocada tras otra. Teckel se quedaba atrás corrigiéndola, con la hoja en la mano. Gerda se paraba y se volvía, quería encontrar la fórmula, la secuencia de elementos antes de que él la alcanzara. «¿Debo ir más despacio?», se preguntaba Willy, sin tener claro si era para darle tiempo o para retener esa mirada tan absorta. Era la misma duda lo que probablemente lo refrenaba, ya que Gerda casi siempre conseguía lanzarle la respuesta, y gratificaba a Teckel con una fugaz sonrisa triunfante. Pero a veces, viendo a los alumnos recién salidos del Lycée Montaigne, Gerda aceleraba el paso, como si sus esfuerzos por aprender quedaran ridiculizados por los abriguitos y el cabello lacio que uniformaban las caras pueriles resucitadas al final de las clases. Basta, dejémoslo correr, quería decir con esa aceleración hacia la entrada de la rue Auguste Comte, de donde salían los pupilos del antiguo instituto parisino. Willy también apretaba el paso, preparándose para decirle de manera brusca que esos chiquillos no eran una razón válida para irritarse y dejarlo allí plantado. Extrañamente, Gerda dejaba de correr, casi como si se diera cuenta de pronto, pero a Willy, que la perseguía, le llegaba cada vez con más fuerza una voz de soprano: «Lutétium, Hafnium, Tantale, Tungstène, Rhénium, Osmium, Iridium, Platine, Orrr...», declamaba Gerda, como si fuera un poema surrealista. Los estudiantes se apretaban unos contra otros para dejarla pasar, concediéndole a duras penas una mueca. Pero en los ojos de algunos chicos relucía una luz que Willy Chardack conocía bien.

El doctor Chardack siempre recordará el bloque D de la tabla periódica recitado en ese francés recalcado e histriónico, una combinación que, casualmente, incluye el mercurio

con el que está hecha la batería de su marcapasos. Sin embargo, la batería de mercurio en realidad no funciona bien, y tendrá que resolver el problema con Greatbatch, una tarea a la que el médico no ve la hora de entregarse. Pero el doctor Chardack no se deja intimidar por los retos. Greatbatch nunca le ha preguntado de dónde proviene esa sangre fría y esa impertérrita confianza en los inventos; tal vez porque considera que forma parte del diseño providencial haberse topado precisamente en Buffalo con un cirujano cardiaco tan preparado y dispuesto a pasarse la noche en su garaje. Durante esas noches al doctor Chardack le había resultado natural hablar de su pasado en el viejo mundo, si bien ya tenía suficiente con los almuerzos en la cantina y los *dinner parties*, donde cualquier colega o perfecto desconocido suele hacerle por enésima vez la misma pregunta.

—*So you went to university here or back in Germany?*

—*Well, in Europe, but not in Germany. In Paris.*

—*Oh... in Paris!\**

—No se crean que *in Paris* la morgue huele a Chanel número cinco —dijo en una ocasión, dejando helada a la mesa entera, antes de que el anfitrión se riera como de un chiste entre colegas, *not bad*, aunque poco apropiado ante mujeres que consideraban París *so romantic*. De esta forma, tan pronto como las damas se retiraron a la cocina, el dueño de la casa volvió sobre el tema.

—Hemos pasado de todo, ¿verdad, Bill? No hay nada más democrático, después de la muerte, que la tarea de un médico, y veo que nos lo enseñan a todos de la misma y desagradable manera... *Allright*, ¿te sirvo a ti también un poco más?

\* ¿De modo que estudió usted en la universidad de aquí o en Alemania? / Bueno, en Europa, pero no en Alemania. En París. / ¡Oh... en París! (N. del T.)

—*Cheers* —había respondido el doctor Chardack, llevándose también la copa llena de nuevo a los labios.

El problema, en efecto, habían sido los vivos. Por ejemplo, ciertos profesores con la vocación de suspender a quienes tropezaban en los exámenes, no con una noción mal aprendida, sino con una palabra o una declinación poco correctas. «¡Nos están invadiendo!», sentenciaban los carteles por las calles, y en las aulas se coagulaban manchas de estudiantes llegados a París de todos los lugares donde el fascismo y el chovinismo crecientes se habían salido con la suya: aquí los italianos, ahí los húngaros y los polacos, más allá los rumanos y los portugueses en grupitos más reducidos. Y por todas partes ellos, los *judéo-boches*, la gota que había hecho desbordar el vaso, porque a esas alturas eran muchos, y se les temía por eso, y porque a menudo también se contaban entre los mejores.

Estudiárselo todo de memoria, repetir como un papagayo, palabra por palabra, manuales de quinientas páginas. Dejarse los ojos hasta altas horas de la noche a causa de la avariata luz de las lámparas despojadas de sus pantallas con florecitas pálidas (esas sí, de intención muy romántica), temblando por el cansancio y el frío húmedo, la acidez de los excesivos *cafés crèmes* bebidos durante el día para no despalmarse en el colchón de la habitación del hotel.

«Dentro de poco, a un francés le será imposible conseguir que lo trate un médico francés», comentaban los estudiantes más o menos asociados en grupos católicos, devotos en todo caso de la Francia amenazada más que de Jesucristo. Proferían esa frase como los anuncios en las estaciones, resoplando hacia algún compañero de clase, arrogantes con la boca pequeña.

Había que ser el mejor para asegurarse poder superar los exámenes. Había que respetar la fecha límite. Darse prisa. Confiar en que las *Ligues d'extrême droite* no repitieran, con mayor éxito, los terribles hechos del 6 de febrero de 1934 («Se les da bien hacer champán, los *putsch* todavía no les salen», fue la síntesis despectiva y exorcizante de un compañero de estudios berlinés), en que el Gobierno no cediera demasiado a las presiones más reaccionarias, en que la izquierda ganara las próximas elecciones. En caso contrario, entre las restricciones cabía esperar también la cuota de acceso para restituir las universidades francesas a los franceses, y, luego, ¿qué otras medidas se promulgarían para hacer la vida imposible a los inmigrantes?

Dos años de incertidumbres. Pero después de la victoria del Frente Popular, celebrada hasta el amanecer de aquel 4 de mayo de 1936, los profesores nacionalistas o simplemente antisemitas se volvieron aún más canallas, convencidos de que a partir de entonces la única defensa de Francia se basaba en sus esfuerzos ejemplares: detener a los invasores en el curso de sus estudios, rechazarlos uno a uno, examen tras examen.

Pero la ventaja de la lengua materna y todos los privilegios de nacimiento se anulaban tan pronto como se entraba *dans la morgue*: no era ya la de difunta fama de gran guñol, pero no dejaba de ser una morgue con su aire frío como la muerte, estancado, húmedo. Allí adquirirían una tez a juego con el cadáver tanto el vástago de buena familia destinado por su padre al estudio, como el *petit bourgeois* en el que su parentela había invertido sus ahorros y sus ansias de promoción social, incluyendo algunos provincianos que se jactaban de haberles roto el cuello a las gallinas. Era una cuestión de probabilidad numérica, al fin y al cabo: el rito macabro-científico no revelaba nada de las fu-

turas habilidades de un médico, como el propio Willy decía a sus compañeros para animarlos.

Pese a todo, suponía un momento de verificación y de revancha. Un momento en el que ningún docente podía negar la evidencia expuesta en la mesa de autopsia. Saber cómo actuar objetivamente. Saber cómo actuar y nada más. A Willy y a sus amigos de Leipzig solo les quedaba eso a lo que aferrarse, si no querían limitarse a sobrevivir confiando en que no se llegara a instaurar la amenaza de un destino que rechazaban. Reconocerlo habría significado otorgar el timón a los escuadrones que los habían expulsado, validar las mentiras sobre el «destino de los pueblos y las razas», los mitos postizos de esos que se creían herederos de deidades extinguidas desde hacía un milenio. El destino era un mito falso, un fraude, un pretexto reaccionario. Pero incluso en París tenían que tomar ese destino con sus propias manos, sirviéndose de todo aquello de lo que podían hacer gala. Willy no dudó en aferrarse al bistrú. Y entre ellos, la única que había llegado a París con un oficio en el bolsillo se había mantenido a flote con su máquina de escribir. Hasta que sus dedos ya ligeramente encallecidos en las yemas (pero quizá Gerda exageraba) habían abrazado el cuerpo compacto de una cámara fotográfica.

«Nuestra Gerda toca su Remington como Horowitz un Steinway» era una frase nacida en los cafés que servían de salón, de salón de los buenos, para quienes vivían en una habitación diminuta o seguían confinados en la cama de algún dormitorio común. Al mismo tiempo, eran la plaza de intercambio, el mercado negro siempre volátil, para aquellos que buscaban u ofrecían un trabajo. Gerda se vio favorecida por su excelente conocimiento del francés, ad-

quirido en un internado de Lausana, a orillas del lago Lemán, pero esto también le daba una aureola de chica de clase alta que nunca había movido un dedo. En definitiva, sus primeros trabajos le llegaron no porque los clientes esperaban que fuera una buena mecanógrafa, sino por pura simpatía. Y entonces la sorpresa era mucho mayor cuando entregaba, con toda rapidez, trabajos impecables; y su *renomme* crecía igual de rápido. Cualquiera de los que le daban a «nuestra Gerda» una carta para teclear *vite-vite* podía ser el origen de la broma sobre el Steinway. «Qué va», reflexionó el doctor Chardack, sin percatarse de una bicicleta que le cortaba el paso, la frase se remonta a Fred y Lilo Stein, que acogieron a Gerda y su Remington en su apartamento y la vieron manos a la obra durante todo ese periodo.

Willy no estaba convencido de que quedarse con los Stein fuera el acomodo más adecuado para «nuestra Gerda». «¿Qué tal te va allí arriba en el exilio de Montmartre?», le preguntaba de vez en cuando. «Bien, muy bien», contestaba ella, ensalzando su nueva habitación, que compartía con una amiga que era perfecta para convivir, visto que incluso Lotte, la periodista, corría perpetuamente detrás de trabajillos. Y nunca dejaba de deshacerse en alabanzas hacia sus magníficos anfitriones. Algo que en realidad los Stein no eran, con ese subarrendamiento que sorteaba el contrato de alquiler firmado por un fotógrafo francés que los había dejado plantados. Pero los inquilinos que lo habían aceptado pagaban el alquiler con una puntualidad impensable para Gerda y Lotte. Sin embargo, si no reinaba el silencio a partir de determinado momento, amenazaban con no pagar ni un céntimo. A las chicas, por desgracia, si querían respetar los plazos de entrega, no les quedaba más alternativa: una vez que acababa el martillo cacofónico de Lotte,

sus irregulares piezas periodísticas, arrancaba Gerda con sus marchas aceleradas, los inexorables timbrazos y cilindros de los saltos de línea que retumbaban más allá de la puerta cerrada. De esta manera, después de haber intentado aplacar a los inquilinos llevando un vaso como apoyo («*Un petit cognac c'est mieux pour dormir qu'une tisane...*»)\* y las debidas excusas (Fred quería ofrecerles un descuento, pero Lilo lo había detenido inmediatamente), los Stein habían colocado la Remington en el lugar más alejado de las habitaciones, en la mesa de comedor, donde solo ellos, los dueños de la casa, tumbados en el sofá, absorbían el pleno impacto del trasfondo dactilográfico. Decían que ya se habían acostumbrado, que los ritmos de Gerda evocaban la salvaje percusión de Gene Krupa en el swing de Benny Goodman, y también a Shostakóvich y Jachaturián, vigoroso arte revolucionario. «Nuestra Gerda toca la Remington como un Steinway», concluían, y ella se echaba a reír, acorde perfectamente con esos cumplidos de solista.

Willy la perdió un poco de vista durante aquella época, aunque Gerda no dejaba de recibirlo con alborozo cuando se presentaba en Montmartre con una buena botella. Los Stein, simpáticos y amables, lo invitaban a menudo, pero no hubo ocasión para profundizar en la amistad.

Años más tarde, sin embargo, se reencontró con Fred y Lilo en aquella fecha fatídica, el 6 de mayo de 1941, impresa en el billete del barco que desde Marsella los llevaba a Estados Unidos. Willy había llegado al embarque tan tenso como las maromas que unían su vida a aquel muelle de

\* Un poco de coñac ayuda a conciliar el sueño mucho mejor que una tisana. (*N. del T.*)

la Francia ocupada. Lo vigilaba todo, pero en el fondo no había apartado la mirada de la pasarela, la retirada de los amarres y, por último, la desaparición de la línea de la costa. Fue Fred quien lo reconoció mientras se disponían a bajar bajo cubierta. «Me alegro de volver a verte», se saludaron, con la incredulidad, el alivio, la congoja constreñidos en esa frase de circunstancia. Durante el viaje fueron ganando confianza, los Stein querían hablar y a Willy le gustaba escucharlos. Planeaban sus nuevas vidas en Estados Unidos, pero le hablaban con mucho gusto de Gerda, de los buenos momentos con Gerda, como era natural. Era el trámite de su amistad y, al fin y al cabo, un asunto inmune a las preocupaciones que era necesario dejar atrás como mínimo durante ese mes en el mar. Sí, saberla muerta y enterrada en París les permitía no preguntarse dónde estaba y qué más podría ocurrirle...

El doctor Chardack mira a su alrededor y se percata de la monstruosidad de una idea como esa en el tranquilo y verde marco de un suburbio donde el mayor motivo de alarma son los *raccoons*, los mapaches que revuelven entre la basura en plena noche. Parece ser que más de una vez se ha topado una mujer cara a cara con el intruso atrapado en el contenedor, y que este la ha mirado con gesto de fastidio, justo a tiempo para decidirse a huir. Historias que a una persona nacida en Europa le resulta difícil dar por buenas, historias que, en cambio, valen para un breve artículo en el *Buffalo News*, y seguro que a Gerda la habrían vuelto loca, incluso preguntándose cómo se podía vivir en un lugar donde no había nada más emocionante que toparse con un, cómo se dice, ah, sí, *Waschbär*, un oso lavador, como se le llama en alemán.



En cualquier caso, Gerda resultó crucial para soportar la travesía del Atlántico. Los recuerdos de Fred y Lilo le hicieron descubrir algunas cosas que desconocía. Por ejemplo, que a Fred le encantaba tanto la habilidad con la que Gerda mecanografiaba que la había fotografiado en esa posición: los dedos suaves en el teclado, la cara resplandeciente entre sonrisas, muecas, resolución, concentración, desafío, bocanadas de humo alusivas a un diálogo verificado entre la máquina de escribir y la cámara fotográfica.

En la época del exilio en Montmartre, Willy estaba convencido de que el interés de Gerda por la fotografía no era más que una fiebre pasajera, una curiosidad accesoria por una nueva fuente de entretenimiento. Ella sentía la necesidad de divertirse casi como la de respirar, y André Friedmann, que hacía tiempo que rondaba a su alrededor, la hacía reír, no había duda. No había otra razón para tener trato con él. ¿Qué clase de ambiciones o posibilidades podía tener ese simpático pelma de Budapest, con el pelo alborotado y un francés ridículo, uno de los centenares que trataban de colocar algunas fotos en los periódicos? Intentaba darse aires, hacer pasar como una elección de estilo su condición miserable, pero Gerda no era receptiva a ese mensaje, y al cabo del tiempo el chico, que tonto no era, había dejado de hacerle la corte, satisfecho con representar el papel amigable y predominantemente divertido que ella le asignó. La fotografía y el fotógrafo no dejaban de ser un pasatiempo, y un gancho para ampliar el círculo de sus conocidos (por ejemplo, Cartier-Bresson, con esos modales tan elegantes que traicionaban la riqueza familiar), hasta que Gerda se mudó a casa de los Stein.

Al doctor Chardack le seguía pareciendo inconcebible que Friedmann, es decir, Capa, hubiera podido convertirse en un nombre tan famoso que incluso una chica italoame-

ricana de Nueva Jersey lo conociera. («*Robert Capa? You never told me!*»), exclamó su esposa, al verlo palidecer al volante cuando las noticias de la radio anunciaron que había muerto en Indochina.) Hubiera apostado más bien por Fred Stein, que en París se había ganado cierto respeto y en Nueva York no se las apañaba mal, pero el clamoroso éxito de Capa era algo muy distinto.

Stein era de Dresde, había estudiado en Leipzig, y en París era apreciado por su actividad antifascista y como fotógrafo. Había logrado perfeccionar su técnica él solo, ganarse la estima de sus colegas, montar incluso un estudio en Montmartre. Y eso era una cosa que Gerda admiraba, admiraba la capacidad de transformación que había demostrado aquel jurista, privado de su derecho a ejercer, primero por Hitler y luego por Francia, y que el hedor reactivo del baño utilizado como cámara oscura reiteraba todos los días. Por otro lado, si la noble Francia no hubiera previsto una *toilette* independiente incluso en las viviendas de un edificio como ese, las necesidades de los inquilinos y las exigencias del laboratorio no podrían haber coexistido. En cualquier caso, la bañera estaba atestada de imágenes puestas a secar en el tendedero, algo que, según Willy, a su amiga no debía de hacerle demasiado feliz.

Un día, cuando todavía vivía en el hotel con Ruth Cerf, Gerda le había pedido ayuda con urgencia. El asunto era ridículo e incluso algo escabroso y tenía que ver con las chinches. Después de descubrir el verdadero origen de la erupción cutánea que habían confundido con una reacción alérgica, las chicas habían hecho todo lo posible para desinfectar su habitación, empezando por el fortín de la colonia parásita, el infame colchón. El problema pareció quedar resuelto. Sin embargo, maldita sea, ahora lo que les hacía falta era un buen baño caliente, una inmersión de la que re-

surgir con la cara rubicunda y los dedos arrugados de los recién nacidos, purificadas de la repugnante película que parecía haberseles quedado pegada a la piel, por mucho que se lavaran dos veces al día en el fregadero oxidado. Pero no tenían dinero para el agua caliente, y además el baño de esa casa daba casi más asco que todo el hotel. A Willy apenas le dio tiempo para dirigirle una mirada aturdida cuando Gerda se lanzó a explicarle la propuesta.

—Tú te inventas algo para distraer a tu conserje y nosotras subimos. Después será más fácil, iremos con cuidado, saldremos de una en una. No tienes que hacer nada más, solo la llave del baño, por lo que más quieras, que no se te olvide.

A Willy se le había cruzado la idea de mandarlas a los baños municipales, pero el único que se encontraba cerca, el Bains d'Odessa, tenía muy mala reputación. Por lo tanto, decidió arriesgarse a que el conserje o las camareras pensarán que era uno de esos que se subía chicas a la habitación (inada menos que de dos en dos!), pero todo había salido de acuerdo con los planes de Gerda. Sin embargo, esa noche aún tenía el pulso acelerado, no dejaba de sudar, y para sacarse de la cabeza la excitación terminó recurriendo al método más humillante y mecánico. La conciencia de que se habían desnudado allí, al otro lado del pasillo, a pocos pasos. Luego el golpe de efecto (o golpe al corazón) para el que no estaba preparado: que Gerda hubiera vuelto no para recoger el bolso, sino para sacar de él un tarro de Nivea. Y que después de haberle dicho «Si quieres, puedes darte la vuelta» (él se colocó inmediatamente frente al armario), se había quitado la ropa y se había extendido la crema. «Por desgracia, ¡hay que esperar a que se absorba!» «¡No importa, espera!», había replicado él. «De acuerdo, pero me fastidia tenerte castigado en un rincón tanto tiempo...»